

CAPÍTULO XIV.

De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios que ha de tener el religioso para cualquier oficio y ocupacion en la cual la obediencia le quisiere poner.

La indiferencia y resignacion que acabamos de decir, habemos de tenerla tambien para cualquier oficio y ocupacion en que la obediencia nos quisiere poner. Bien vemos cuántos y cuán diferentes son los oficios y ocupaciones que hay en la Religion; pues vaya cada uno discurriendo por ellos hasta que haga igual rostro á cualquiera. Dice nuestro santo Padre en las Constituciones (1), y lo tenemos en las reglas: «Cuanto á los oficios bajos y humildes, debe prontamente tomar aquellos en los cuales hallare mayor repugnancia, si le fuere ordenado que los haga.» Para donde es menester mas la indiferencia y resignacion es para los oficios bajos y humildes, por la repugnancia que tiene á ellos nuestra naturaleza; y así mas hace uno, y mas virtud y perfeccion muestra en ofrecerse á Dios para estos oficios, que en ofrecerse para otros mas altos y honrosos: como si uno tuviese tanto deseo de servir á un señor,

(1) Cap. 1 exam. § 18, et regul. 13 summarii.

que se ofreciese para servirle toda su vida de mozo de espuelas, y de barrendero, si fuese menester; claro está que mas hace este, y mas muestra la voluntad que tiene de servirle, que si dijese: Señor, serviros he de maestra sala, ó mayordomo; porque eso es mas pedir mercedes, que ofrecer servicios; y tanto mas seria esto de estimar, cuanto mayores partes tuviese para oficios altos el que se ofrece para los bajos. Pues de la misma manera, si vos ofrecéis á Dios: Señor, serviréos en oficio de predicador, ó lector de teología, no haceis mucho en eso; porque esos oficios altos y honrosos de suyo son apetecibles: poco mostrais en eso el deseo que tenéis de servir á Dios; pero cuando os ofrecéis á servir en la casa de Dios todos los días de vuestra vida en oficios bajos y humildes, y repugnantes á vuestra carne y sensualidad, entonces mostráis mucho mas el deseo que tenéis de servir á Dios: eso es mas de agradecer y estimar; y tanto mas, cuanto mayores partes tuviéreis para oficios mas altos. Esto nos habia de bastar para desear los oficios bajos y humildes, é inclinarnos siempre mas á ellos, especialmente que en casa de Dios no hay oficio bajo. Aun allá dicen, que en casa del rey no le hay, porque servir al rey, en cualquier oficio que sea, se tiene en mucho; ¿cuánto mas será servir á Dios, al cual servir es reinar?

San Basilio (1) para aficionarnos á los oficios bajos y humildes, trae el ejemplo de Cristo, del cual leemos en el sagrado Evangelio, que se ocupó en semejantes oficios, lavando los piés á sus discípulos: y no solo eso, sino por mucho tiempo sirviendo á su santísima Madre, y al santo José, y estando sujeto y obediente á ellos en todo lo que le mandaban: *Et erat subditus illis*. Luc. i. Desde los doce años hasta los treinta, no cuenta el sagrado Evangelio otro caso de él, sino este: donde consideran los Santos muy bien, que les serviria y ayudaria en muchos oficios bajos y humildes, especialmente siendo ellos tan pobres como eran. Pues, *ne dedignetur facere christianus, quod fecit Christus*: No se desdeñe el cristiano (2), y mucho menos el religioso, de hacer lo que hizo Cristo. Pues no se desdeñó el Hijo de Dios de ocuparse en estos oficios bajos por nuestro amor; no nos desdeñemos tampoco nosotros de ocuparnos en ellos por su amor, aunque sea todos los días de nuestra vida.

Pero viniendo mas á nuestro propósito, una de las razones y motivos mas principales que nos han de hacer que tomemos tan de buena gana cualquier oficio y ocupacion en que la obediencia

(1) Basil. in regul. fusius disputatis, interrog. 7.

(2) August. tractat. 58 super Joan. circa illa verba: Si ergo ego lavi.

nos pusiere, ha de ser, entender que aquella es la voluntad de Dios: porque, como arriba dijimos en los cap. 4 y 5, y en el tratado 3, capítulo 8, este ha de ser siempre nuestro consuelo y nuestro contento en todas nuestras ocupaciones: que estamos allí haciendo la voluntad de Dios. Esto es lo que harta y satisface al alma. Dios quiere que yo haga esto ahora: esta es la voluntad de Dios, no hay mas que desear; porque no hay cosa mejor ni mas alta que la voluntad de Dios. Á los que andan de esta manera, no se les da mas que les manden esto, que aquello, ni que les pongan en oficio alto ó bajo, porque todo es uno para ellos.

El bienaventurado san Jerónimo (1) cuenta un ejemplo muy bueno á este propósito: dice, que visitando él aquellos santos monjes del yermo, vió á uno, al cual el superior, deseando su aprovechamiento, y dar tambien ejemplo de obediencia á los demás mancebos, le habia mandado que trajese á cuevas dos veces cada dia una muy grande piedra, por espacio de tres millas, que es una legua, sin haber en ello otra necesidad y utilidad mas que el obedecer y mortificar su juicio; y habia ya que usaba esto ocho años: y como esto, dice san Jerónimo, á los que no entienden el valor de la virtud de la obediencia, ni han llegado á la puridad y simplicidad de ello, con espíritu altivo y de

(1) Hieron. in reg. Mon. c. 12.

soberbia les podia por ventura parecer juegos de niños, ó acto ocioso; preguntábanle, cómo llevaba aquella obediencia: y yo mismo, dice, se lo pregunté, deseando saber qué movimientos pasaban allá en su alma haciendo aquello. Y respondió el monje: Tan contento y gozoso quedo cuando he hecho esto, como si hubiera hecho la cosa mas alta y de mayor importancia que me pudieran mandar. Dice san Jerónimo, que le movió tanto esta respuesta, que desde entonces comenzó él á vivir como monje. Eso es ser monje, y vivir como verdadero religioso, no reparar en lo exterior, sino en que estamos cumpliendo la voluntad y contento de Dios. Estos son los que aprovechan y crecen mucho en virtud y en perfeccion, porque se sustentan siempre de hacer la voluntad de Dios; sustentanse de la flor de la harina: *Et adipe frumenti satiat te*. Psalm. CXLVII.

Pero dirá alguno: Bien veo yo que es gran perfeccion hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, y que en cualquier ejercicio que me manden puedo estar haciendo la voluntad de Dios; pero quisiera yo, que me ocuparan en otra cosa de mas tomo, y hacer en eso la voluntad de Dios. Eso es faltar en los primeros principios, porque en buen romance es querer que Dios haga vuestra voluntad, y no querer vos hacer la de Dios. No tengo yo de dar traza á Dios, ni tengo de querer que él se conforme con

lo que á mí me parece, y con lo que yo querria, sino yo tengo de seguir las trazas de Dios, y conformarme con lo que él quiere de mí. Dice muy bien san Agustin, ibi. 20 Confes. 2, 26: *Optimus minister tuus est, qui non magis intuetur hoc à te audire, quod ipse voluerit; sed potius hoc velle, quod à te audierit*: Aquel es buen siervo vuestro, Señor, que no tiene cuenta con si lo que mandais es conforme á su voluntad, sino con querer él lo que Vos mandáreis. Y el santo abad Nilo, en el cap. 29 de Orat. dice: *Non ores, ut fiant, quæ fieri velis; sed potius ora, sicut orare didicisti, ut fiat voluntas Dei in me*: No pidais á Dios que haga lo que vos quereis, sino lo que nos enseñó Cristo que le pidiésemos, que es, que se haga su voluntad en mí.

Nótese este punto, que es muy provechoso y general para todos los trabajos y sucesos que se nos pueden ofrecer. No habemos nosotros de escoger en qué ni cómo habemos de padecer, sino Dios. No habeis vos de escoger las tentaciones que habeis de tener, ni decir: Si fuera otra tentacion no se me diera nada; mas esta no la puedo llevar. Si las penas que nos vienen, fuesen las que nosotros queremos, no serian penas. Si de veras deseais agradar á Dios, habeis de pedir que os lleve por donde él sabe y quiere, y no por donde vos quereis; y cuando el Señor os enviare lo que os es mas desabrido, y

lo que vos huís mas de padecer, y os conformáreis con ello, entonces imitaréis mas á Cristo Señor nuestro que dijo: No se haga, Señor, mi voluntad, sino la vuestra. Luc. XXI. Eso es tener entera conformidad con la voluntad de Dios, y ofrecernos del todo á él, para que haga de nosotros lo que quisiere, y cuando quisiere, y de la manera que quisiere, sin excepcion ni contradiccion, y sin reservar para nosotros cosa alguna.

Cuenta Luis Blosio (1), que la santa vírgen Gertrudis, movida de piedad y misericordia, rogaba á Dios por cierta persona, la cual habia oido que impacientemente se quejaba porque le enviaba Dios algunos trabajos, enfermedades ó tentaciones, las cuales le parecian á ella que no le convenian; pero el Señor respondió á la santa Vírgen: Dirás á esa persona por quien ruegas, que porque el reino de los cielos no se puede alcanzar sin algun trabajo ó molestia, que escoja ella lo que le parece ser provechoso; y cuando le viniere, tenga paciencia. De las cuales palabras, y del modo con que se las dijo el Señor, entendió la santa Vírgen ser muy peligroso género de impaciencia, cuando el hombre quiere escoger aquellas que ha de padecer, diciendo que no convienen para su salud, ni puede llevar las que Dios

le envia; porque cada uno se ha de persuadir y confiar que lo que Dios nuestro Señor le envia, eso es lo que le conviene; y así lo ha de recibir con paciencia, conformándose en ello con la voluntad de Dios. Pues así como no habeis de escoger los trabajos, ni las tentaciones que habeis de padecer, sino tomar como de mano de Dios las que él os envia, y entender que aquellas son las que mas os convienen; así tampoco habeis de escoger el oficio ó ministerio que habeis de hacer, sino tomar como de la mano de Dios aquel en que la obediencia os pusiere, y entender que ese es el que mas os conviene.

Añaden aquel otro punto muy espiritual, y dicen (1), que ha de estar uno tan resignado en la voluntad de Dios, y tan confiado y sujeto á él, que desee no saber lo que Dios querrá hacer y disponer de él, así como acá cuando un señor se fia tanto de un mayordomo, que no sabe de su hacienda, ni lo que tiene en casa, es muestra de gran confianza, como dice el santo José que la hizo de él su señor: *Ecce dominus meus, omnibus mihi traditis, ignorat quid habeat in domo sua*, Genes. XLVI; así muestra uno tener gran confianza en Dios, cuando no quiere saber lo que Dios ha de hacer de él: en buenas manos estoy, eso me basta: *In manibus tuis sortes mee*, Isai. X: con eso vivo contento y

(1) Blosius, cap. 10 Monilis spiritualis; et Titelem. Bredembruchius. lib. 8 colat. c. 29.

(1) Blos. cap. 15 Mon. spirit.

seguro: no he menester saber mas.

Para los que desean puestos y oficios, ó ministerios mas altos, pareciéndoles, que en aquello harian mas fruto en las almas, y mas servicio á Dios, digo que se engañan mucho en pensar que ese es celo del mayor servicio de Dios, y del mayor bien de las almas; no es sino celo y deseo de honra y estimacion, y de sus comodidades; y por ser aquel oficio y ministerio mas honroso, y mas conforme á su gusto é inclinacion, por eso lo desean. Veráse esto claramente por aquí: Si estuviérais allá en el mundo, ó solo, parece que pudiérais decir: Esto es mejor que aquello, y de mas fruto para las almas: quiero dejar aquello por hacer esto, porque no se puede hacer todo; pero acá en la Religion no se ha de dejar esto por aquello, sino que lo uno y lo otro se ha de hacer: solo hay en ello, que si vos llevais el contra alto, ha de llevar el otro el contra bajo. Y si yo fuese humilde, antes habia de querer que el otro hiciese el oficio alto, porque tengo de creer que lo hará mejor que yo, y con mas fruto y con menos peligro de vanidad.

Para esto y para otras cosas semejantes es muy buena una doctrina que trae nuestro bienaventurado Padre san Ignacio en sus Ejercicios espirituales, y la pone él por fundamento para las lecciones, donde pone tres grados y modos de humildad; y el tercero y mas perfecto es, ofreciéndose dos cosas de

igual gloria y servicio de Dios, escoger aquella en que hubiere mas desprecio y abatimiento mio, por parecer é imitar mas con eso á Cristo Señor nuestro, que quiso ser despreciado y abatido por nosotros: y hay en esto otro grande bien, que en estas cosas hay menos de interés propio, no tiene el hombre ocasion de buscarse en ellas á sí mismo, ni tiene ese peligro de envanecerse en ellas, como en las altas y honrosas. En los oficios bajos ejercítanse juntamente la humildad y caridad; y con ellos se conserva mucho esta virtud de la humildad, como con actos propios suyos; pero en los altos ejercítase la caridad con peligro de la humildad: lo cual nos habia de bastar no solo para no desearlos, sino para temerlos.

CAPÍTULO XV.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de los talentos y dones naturales.

Cada uno ha de estar muy contento con lo que Dios le ha comunicado: con el talento, con el entendimiento ó ingenio, y con la habilidad y partes que Dios le ha dado, y no ha de tener pena ni tristeza, por no tener tanta habilidad ó talento como el otro, ni ser para tanto como él. Esa es una cosa de que todos tenemos necesidad; porque dado caso que algunos luzcan, y parezca que se

aventajan en algunas cosas, siempre tienen otros contrapesos que les humillan, en que tienen necesidad de esta conformidad; y así es menester estar prevenidos, porque suele el demonio acometer á muchos por aquí. Estaréis en los estudios, y viendo que el otro vuestro condiscípulo se aventaja en habilidad, y que arguye y responde muy bien, os vendrá por ventura alguna manera de envidia, que aunque no llegue á que os pese del bien de vuestro hermano, que es propiamente el pecado de envidia; pero al fin, viendo que vuestros compañeros vuelan con sus ingenios, y van adelante con sus talentos, y que vos os quedais atrás, y no podeis arribar ni alzar cabeza, sentís una tristeza y melancolía, y andais como corrido y afrentado entre los demás; y de ahí os viene un desmayo y descaecimiento, y una tentacion de dejar el estudio, y aun algunas veces la Religion. Á algunos ha echado esta tentacion de la Religion; porque no estaban bien fundados en humildad. Pensó el otro hacer raya y señalarse entre todos, y que fuera la fama por toda la provincia, de que era el mejor estudiante del curso; y como le salió el sueño al revés, queda tan corrido y afrentado, que viendo el demonio tan buena ocasion, le representa que no se podrá librar de aquella afrenta ni de aquella tristeza, sino es dejando la Religion; y no es nueva esta tentacion, sino muy antigua.

En la primera parte, lib 3, c. 45 de las Crónicas de la Orden de santo Domingo, se cuenta un ejemplo á este propósito de Alberto Magno, maestro que fue de santo Tomás de Aquino. Fue Alberto Magno cuando niño muy devoto de Nuestra Señora, y rezábale cada dia ciertas devociones; y por su medio é intercesion entró en la Religion de santo Domingo, siendo de diez y seis años: y dicese allí, que cuando mozo no era de mucho entendimiento, antes era duro y de poca habilidad para el estudio; y como se veia entre muchos y muy delicados ingenios de sus condiscípulos, andaba tan corrido, que llegó la tentacion á tentarle tanto, y ponerle en tanto peligro, que estaba muy á punto de dejar el hábito. Estando en este aprieto de pensamientos, fue maravillosamente socorrido con una vision. Estando una noche durmiendo, parecíale que ponía una escala al muro del monasterio para salir é irse de él; y subiendo por ella, vió en lo alto cuatro venerables matronas, aunque una parecia señora de las otras: y llegando cerca de ellas, asió de él la una, y derribóle de la escala, vedándole la salida del monasterio. Porfió á querer otra vez subir, y la segunda matrona se hubo con él como la primera. Quiso tercera vez subir, y la tercera matrona le preguntó la causa por que queria irse del monasterio. Él con rostro vergonzoso respondió: Voyme,

señora, porque veo que otros de mi suerte aprovechan en el estudio de la filosofía, y yo trabajo en vano. La vergüenza que por esta ocasion padezco, me hace que deje la Religion. Dijole la matrona: Aquella señora que ves allí, señalando la cuarta, es la Madre de Dios, y Reina de los cielos, de quien las tres somos criadas: encomiéndate á ella, que nosotros te ayudaremos, y la suplicaremos que sea intercesora á su benditísimo Hijo, para que te dé ingenio dócil, de modo que aproveches en el estudio. Oyendo esto fray Alberto, alegróse mucho: y llevándole aquella matrona á nuestra Señora, fue de ella bien recibido; y preguntándole qué era lo que tanto deseaba y pedia, respondió, que saber filosofía, que era lo que él estudiaba y no entendia. Y la Reina del cielo respondió tuviese buen ánimo, y estudiase, que en aquella facultad seria grande hombre; pero porque sepas, dice, que esto te viene por mí, y no por tu ingenio ni habilidad, algunos dias antes que mueras, leyendo públicamente, se te olvidará cuanto supieres. Con esta vision quedó consolado, y desde este dia aprovechó tanto en el estudio, no solo de filosofía, sino tambien de teología y sagrada Escritura, cuanto dan testimonio las obras que dejó escritas: y tres años antes de su muerte, estando leyendo en Colonia, perdió totalmente la memoria, en cuanto lo que toca-

ba á ciencias, quedando como si en su vida no hubiera aprendido cosa alguna de estudios: y por ventura fue esto tambien en penitencia de la poca conformidad que habia tenido en el talento y habilidad que Dios le habia dado: y acordándose de la vision que tuvo, cuando quiso salirse de la Religion, contó públicamente á los oyentes todo lo que habia pasado; y así se despidió de ellos, recogiendo en su convento, empleándose todo en oracion y contemplacion.

Pues para que no nos veamos en semejantes peligros, es menester estar prevenidos; y la prevencion necesaria para esto ha de ser mucha humildad, porque de falta de ella nace toda esta dificultad; porque no podeis sufrir ser tenido por el mas ruin estudiante del curso. Pues qué, si llegan á deciros que no sois para pasar adelante en los estudios, y veis á vuestros compañeros teólogos, y despues letrados y predicadores; menester es mucha humildad y mucha conformidad para esto: y lo mismo será menester para despues de los estudios, que os vendrá tentacion, porque no sois para tanto como otros; porque no tengo talento para predicar, lucir y tratar como el otro, ni para que se me encomienden los negocios, y se haga caso de mí: y lo mismo digo de los que no son estudiantes, que os vendrán pensamientos y tentaciones: ¡Oh si fuera yo estudiante! ¡Oh

si fuera sacerdote! ¡Oh si fuera letrado para poder hacer fruto en las almas! Y alguna vez podrá ser que os apriete tanto la tentacion, que os ponga en peligro la vocacion, y aun la salvacion, como ha puesto á algunos.

Doctrina es esta general, y cada uno la puede aplicar á sí, conforme á su estado: y así es menester que todos estén muy conformes con la voluntad de Dios, contentándose cada uno con el talento que Dios le ha dado, y con el estado en que le ha puesto, y que no quiera nadie ser mas de lo que Dios quiere que sea. El bienaventurado san Agustin sobre aquellas palabras del salmo cxviii: *Inclinavi cor meum in testimonia tua, et non in avaritiam*, dice que este fue el principio y raíz de todo nuestro mal; porque quisieron ser nuestros primeros padres mas de lo que Dios les hizo, y desearon tener mas de lo que Dios les dió: por eso cayeron del estado que tenían, y perdieron lo que les habia dado: púsoles el demonio aquel cebo: *Eritis sicut Di, scientes bonum et malum*. Genes. iii. Seréis semejantes á Dios; con eso les engañó y derribó: y esta herencia heredamos nosotros de ellos, que tenemos un apetito de divinidad, y una locura y frenesí de querer ser mas de lo que somos, y como al demonio le fué tan bien por ahí con nuestros primeros padres, procura hacernos tambien guerra á nosotros por ese medio, incitándonos á que desee-

mos ser mas de lo que Dios quiere que seamos, y que no nos contentemos con el talento que él nos ha dado, ni con el estado en que nos ha puesto: y por eso dice san Agustin, que pide á Dios el Profeta: Señor, dadme un corazon desinteresado, é inclinado fielmente á vuestro gusto y voluntad, y no á mis intereses y comodidades. Por avaricia, dice, que se entiende allí todo género de interés, y no solo la codicia del dinero; y esa es la que dice san Pablo que es la raíz de todos los males: *Radix omnium malorum est cupiditas*. I ad Tim. vi.

Pues para que todos tengamos esta indiferencia y disposicion, conformándonos y contentándonos con el talento que el Señor nos ha dado, y con el estado y grado en que nos ha puesto, basta saber que esa es la voluntad de Dios: *Hæc autem omnia operatur unus, atque idem spiritus, dividens singulis prout vult*, dice san Pablo á los de Corinto. Pone allí el Apóstol aquella metáfora, que trajimos arriba á otro propósito, del cuerpo humano; y dice, que así como puso Dios los miembros en el cuerpo á cada uno como quiso, y no se quejaron los piés, porque no los hicieron cabeza, ni las manos, porque no las hicieron ojos; así tambien en el cuerpo de la Iglesia, y lo mismo es en el cuerpo de la Religion, puso Dios á cada uno en el puesto y oficio que él fue servido: que no fue esto acaso,

sino con particular acuerdo y providencia suya. Pues si quiere Dios que seais piés, no es razon que vos querais ser cabeza; y si Dios quiere que seais manos, no es razon que vos querais ser ojos. ¡Oh qué son muy altos y muy profundos los juicios de Dios! ¿Quién los podrá comprender? *Quis enim hominum poterit scire consilium Dei?* Sap. ix. «Todas las cosas, Señor, proceden de tí, y por eso en todo debes ser loado: tú sabes lo que conviene darse á cada uno; y por qué tiene uno menos, y otro mas, no conviene á nosotros discernirlo (1).» ¿Que sabeis lo que fuera de vos, si tuviérais un grande ingenio y habilidad? ¿Que sabeis si tuviérais un gran talento de púlpito, y fuérais muy oido y estimado, si os perdiérais por ahí, como otros se han perdido, ensoberbeciéndose y desvaneciéndose? «Los letrados, dice aquel Santo, huelgan de ser vistos y ser tenidos por tales.» Si con dos maravedís de ingenio que teneis, y con tres blancas de letras que sabeis, si con una medianía, y por ventura menos que medianía, estais tan vano y tan ufano, que os estimais, y os comparais, y preferís por ventura á otros, y os agraviais porque no echan mano de vos para esto y para lo otro, ¿qué fuera con la excelencia? ¿Qué fuera si tuviérais unas partes raras y extraordinarias? Por su mal le nacen las alas á la hormiga; y así por ventura os nacieran á vos. Ver-

(1) Thom. de Kempis.

daderamente si tuviéramos, no antojos, sino ojos, antes habíamos de dar infinitas gracias á Dios por habernos puesto en estado bajo y humilde, y por habernos dado pocas partes y habilidad, y decir con aquel Santo: «Por gran beneficio tengo, Señor, no tener muchas cosas, de las cuales se me siga en lo de fuera loor y honra entre los hombres.» Los Santos conocian muy bien el gran peligro que hay en esas ventajas y excelencias; y así no solo no las deseaban, sino temíanlas por el peligro grande que hay en ellas de desvanecerse y perderse: *Ab altitudine diei timebo*, Psalm. lv; y con eso agradaban mas á Dios, el cual quiere mas á sus siervos mas humildes que grandes. ¡Oh si acabásemos de caer en la cuenta, que todo es burla, menos hacer la voluntad de Dios! ¡Oh si acabásemos de poner todo nuestro contento en el contentamiento de Dios! Si vos sin letras, y vos con menos letras y habilidad, contentais mas á Dios, ¿para qué quereis vos letras? ¿y para qué quereis vos mas letras, y mas habilidad y mas talento? Si por algo lo habíais de querer, era para contentar y servir mas á Dios con ello. Pues si Dios se sirve mas en que no tengais letras, ó en que no tengais mas letras, ni mas talento ni habilidad, como es cierto que se sirve, pues él es el que hizo ese repartimiento, ¿de qué hay que tener pena? ¿Para qué habeis de querer ser lo que Dios

no quiere que seais, y lo que no os conviene que seais? Que no agradaron á Dios los sacrificios grandes que Saul le quiso ofrecer, porque no era aquello conforme á su voluntad (1); así tampoco agrada-rán á Dios esos deseos vuestros altos y levantados. Que no está nuestro bien, ni nuestro aprovechamiento y perfeccion en ser letrados, ni en ser predicadores, ni en tener grandes partes y talentos, ni en entender en cosas altas y subidas, sino en hacer la voluntad de Dios, y en dar buena cuenta de lo que él nos ha encomendado, y en emplear bien el talento que nos ha dado: y así en esto habemos de poner los ojos, y no en esotro; porque esto es lo que Dios quiere de nosotros.

Es muy buena comparacion para declarar esto la de los representantes de las comedias, cuya estima y premio no se toma del personaje que representan, sino del buen cobro que da cada uno de su dicho: y así si representa mejor el que hace la persona del villano, que el que hace la del emperador, aquel sale mas estimado y alabado de los circunstantes, y mas bien premiado de los jueces. De la misma manera lo que Dios mira y estima en nosotros en esta vida (que toda ella es como una representacion y comedia que se acaba presto, y plegue á Dios no sea tragedia), no es el personaje que representamos, uno de superior, otro de

(1) I Reg. xiii, 10; et xv, 21.

predicador, otro de sacristan, otro de portero, sino el buen cobro que cada uno da de su personaje: y así, si el coadjutor hace bien su oficio y representa mejor su personaje, que el predicador ó el superior el suyo; será mas estimado delante de Dios, y mas premiado y honrado. Que por ventura no supiera el otro representar bien la persona del rey, y representando la persona del escudero ó pastor ganó honra y llevó el premio; así tambien, por ventura no supiérais vos representar bien la persona de predicador ó superior, y representais bien la persona de confesor, y vos la de coadjutor: sabe Dios repartir muy bien los dichos, y dar á cada uno el personaje que le conviene: *Unicuique secundum propriam virtutem*. Matth. xv. Conforme al caudal y fuerzas de cada uno dice el sagrado Evangelio que repartió el Señor los talentos. Por tanto nadie tenga deseo de otro personaje ni de otro talento, sino procure cada uno representar bien el personaje que le han dado, y emplear bien el talento que ha recibido, y dar buena cuenta de él; porque de esa manera agrada-rá mas á Dios, y recibirá mayor premio.